

Luis A. Calvo· Semblanza biográfica Por David Puerta Zuluaga

Al cumplirse los cincuenta años del fallecimiento del maestro Luis Antonio Calvo, una de las personalidades más relevantes en la historia cultural de nuestro país, su obra musical completa no ha sido aún catalogada y se ignora el número total de sus composiciones. No obstante, las que sí se conocen dan fe de su inventiva, originalidad y versatilidad.

Su caso es un ejemplo extraordinario de precocidad, capacidad y realización artísticas. Debido a su humilde condición social, familiar y económica, no recibió una formación académica completa, ni en las bases educativas generales ni en la teoría musical. Casi puede decirse que fue autodidacta en todos los órdenes. De escuela sólo tuvo los primeros años de primaria en su pueblo natal, con los profesores Nepomuceno Salgado y Virginia Agudelo de Ortiz. De música, unas cuantas lecciones de gramática y solfeo con los maestros Ismael Posada y Pedro Gómez León, en Tunja; y algunas indicaciones de armonía con el maestro Rafael Vásquez Flórez, y de violonchelo con el maestro Guillermo Uribe Holguín, por entonces director de la Academia Nacional de Música de Bogotá.

Pese a tan precarios elementos de instrucción formal, Calvo desarrolló una de las más sólidas estructuraciones artísticas de su tiempo. Llegó a ser respetado como ejecutante, como profesor, como director musical, pero, sobre todo, como compositor.

Como instrumentista, formó parte de muy diversas agrupaciones. Tocó los platillos y el bombo en la Banda de Tunja; el pistón y el clarinete en la Segunda Banda del Ejército en Bogotá. Tuvo a su cargo el violonchelo y la Lira Colombiana de Pedro Morales Pino y la trompeta en la Orquesta de Manuel Conti. Fue organista y cantor en las iglesias de Las Nieves, Chapinero, y Santa Bárbara en Bogotá. Tenía fama de leer e interpretar a primera vista las partituras más complicadas para el piano, instrumento en el cual se destacó especialmente, pues en él desarrolló la mayor parte de sus composiciones y para él escribió las partituras de sus obras más reconocidas. Se sabe que tocaba con primor la bandola, la guitarra y el tiple.

En su calidad de compositor entregó su contribución más importante al patrimonio cultural colombiano. Luis A. Calvo es el traductor de un espíritu imperante en la época. delicado, lleno de nobleza, de sentimentalismo y delicadeza, fruto 11 de un romanticismo tardío que impregnó la cultura colombiana tras el inquieto 11 bullir del siglo diecinueve. Al decir de Luis Antonio Escobar, «Calvo es en la 11 Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

música colombiana el valor correspondiente al José Asunción Silva de nuestra literatura. Exalta la muselina blanca, la niña de iglesia, el sentido de la virginidad, el respeto del hombre por la mujer. De ahí su música tan delicada».

El maestro Calvo incursionó en todos los géneros. Su obra instrumental y vocal comprende más de cien composiciones de carácter popular entre valeses, bambucos, pasillos, *fox-trots*, danzas, marchas, serenatas, tangos, *one-steps*, gavotas, canciones, himnos. En música para escena, compuso tres melodramas y una opereta. Su cancionero *Arpa Mística*, editado en Italia en 1938, contiene 36 obras de carácter religioso, clasificadas así: 14 cantos eucarísticos, 6 salves a la Virgen, 3 villancicos, 7 gozos y 6 himnos y motetes.

Para orquesta sinfónica escribió las *Escenas Pintorescas de Colombia*, obra donde resume y condensa los ritmos más representativos de la región andina, y como una digna coronación de tan ingente trabajo, entregó a la posteridad cuatro *Intermezzi* originales para piano, que trascienden los alcances de la música telúrica y se internan en lenguajes multisémicos, tal como Alejo Carpentier pregona como requisito para el arte perdurable: «un significado nacido entre fronteras, pero fijado e inmerso en un significante de alcance universal».

Desde las primeras obras de relativa sencillez (*Livia*, su primera danza, fue compuesta a la edad de doce años, hacia 1894), hasta las grandes realizaciones sinfónicas de su madurez artística (*Escenas Pintorescas de Colombia*, 1941), en la creación musical del maestro Calvo se percibe, al igual que en las obras de genios como Picasso, Miguel Ángel, Verdi o Le Corbusier, una continua superación, un proceso de introspección y reflexión que se manifiesta en la gradual densificación de los contenidos y la pureza de las formas, sin dejar por ello de imprimir a cada nueva creación una personalidad definida y una característica inconfundible de elegancia y claridad. Calvo no se repite nunca, no se copia a sí mismo ni copia nadie. Su obra es inequívoca, intransferible, original y prototípica.

Su periplo vital es sencillo. Nació en Gámbita (Santander) el 28 de agosto de 1882. Hacia 1895, su madre se vio obligada a trasladarse a Tunja, donde se empleó como portera del Colegio Sagrado Corazón. Luis Antonio debió abandonar la esperanza de estudiar y empezó a trabajar como aprendiz de sastre y luego como mandadero. En Tunja permaneció, junto con su madre y su hermana, que nunca lo abandonarían, unos diez años. En mayo de 1905 emigran a Bogotá, tras la ilusión de obtener una beca en la Academia Nacional de Música, que el gobierno del general Reyes había prometido para los jóvenes que ingresaran a las bandas militares. No hay para qué decir que, aunque cumplió todos los requisitos formales y persistió durante más de cuatro años en los

Digitizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.
papeleos, la beca nunca le fue otorgada y debió ganarse su vida como músico en todo «lo divino y lo humano».

A los 34 años de edad le fue entregado el diagnóstico de lepra, lo cual lo obligó a internarse en Agua de Dios, una de las poblaciones destinadas específicamente por el gobierno para el cuidado y tratamiento de tal enfermedad. No obstante que logró su completa curación, permaneció en Agua de Dios

durante casi 30 años. Allí se dedicó a dar clases en los colegios, recibió alumnos particulares, formó y dirigió diversas agrupaciones instrumentales y corales, a tiempo que continuó su tarea compositiva.

Tras el fallecimiento de su madre, en 1940, salió de Agua de Dios para realizar conciertos en otras ciudades de Colombia (Tunja, Medellín, Manizales, Sonsón, Támesis, etc.). En agosto de 1941 le fue tributado en el Teatro Municipal de Bogotá un homenaje nacional, con obras de su autoría. Tras un discurso de ofrecimiento del doctor José Joaquín Casas, el tenor Luis Macía cantó *Amor humilde* y la soprano Hilda Morena la canción *Amor*. Luego, la Orquesta Sinfónica Nacional interpretó las composiciones especiales para la ocasión (*Águila Negra* y *Escenas Pintorescas de Colombia*); y, como acto central, bajo la dirección de Calvo, el *Intermezzo No. 1*, que fue compuesto en 1910, a los 28 años y es tal vez su obra más difundida.

Recibió muchos otros honores y condecoraciones, todos simbólicos, casi ninguno material. Siempre se vio sometido a un magro sustento, derivado de honorarios por composiciones solicitadas, tareas docentes o contratos de presentaciones, que le obligaron al trabajo por encargo y no le dieron el ocio creador necesario para acometer obras de mayor envergadura. El mismo se quejó alguna vez, de que «la gente no quiere que yo haga sino cosas para bailar». La casita donde residió en Agua de Dios le fue donada por la Comunidad Salesiana. El piano y los muebles que conformaron su hogar fueron producto de colectas y donaciones de la sociedad colombiana.

Contrajo matrimonio en Anolaima en 1942 con Anita Rodríguez R., quien residía en Agua de Dios por razones familiares y había sido alumna del maestro en el hospital salesiano.

Falleció a la edad de 62 años, el 22 de abril de 1945, por una afección renal. Su sepelio en Agua de Dios dio ocasión para incontables manifestaciones, de cariño por el artista eximio y de pesar por el incomparable ser humano que fue Luis A. Calvo.

El gobierno nacional de entonces dictó un solemne decreto de honores, que incluyó la promesa de que el Ministerio de Educación Nacional se haría cargo de adquirir, recopilar, publicar y difundir toda la obra del insigne maestro. Pasados cincuenta años, ya va siendo hora de que se cumplan los ofrecimientos.

Tomado de un texto del Banco de la República (1995) con motivo de un recital de Harold Martina en la conmemoración de los cincuenta años del fallecimiento de Luis A Calvo (1882-1945)